EISENBACH.

El doctor H. Eisenbach era uno de los mas distinguidos profesores de la universidad de Tubinga, y abrazó la fe católica en 1833. He aquì en que términos refiere él mismo su conversion.

"Nacì el 29 de mayo de 1795, en Bietigheim del Vurtemberga, donde mi padre desempeñaba el empleo de gran baile, y después de haber terminado mis estudios pasé á Tubinga por haber sido mi padre trasferido al tribunal superior de esta ciudad. Apasionado á las matemáticas desde mis infantiles años, abandoné después de haber fallecido mi padre, el estudio del derecho, que estaba él empeñado en que siguiése, y emprendí algunos viajes durante los cuales me dediqué mucho á aprender los idiomas modernos. Cuando hube regresado, no encontrando carrera alguna en la cual pudiese ejercitar mis conocimientos en matemáticas, púseme á traducir algunos libros. Varias obras históricas que traduje con algun buen éxito, proporcionáronme la oportunidad de estudiar á fondo la historia, de suerte que mas adelante compuse yo mismo algunas obras de este género.

El año de 1823 nombróseme profesor para la

escuela de aplicacion de Tubinga, y en el 1826 entré en la universidad de la misma ciudad para enseñar en ella las lenguas modernas y la literatura de éstas. Un mal de ojos que me duró muchos años me impidiò continuar mis tareas en esta clase de enseñanza y vime en la necesidad de buscar otra colocacion que conseguí el año de 1830 en la escuela de aplicacion é industria de Stuttgard. Como iba en aumento mi dolencia hízoseme imposible cumplir los deberes de mi empleo, y habiendo logrado que se me concediese una licencia, me retiré á Gmund, en la Suecia, para ocuparme exclusivamente en la curacion de mis males. Después de una permanencia de cinco meses en el último punto citado, recibì una comunicacion oficial en la cual se me daba aviso de que quedaba depuesto de mi empleo; volvíme despues à Tubinga, y allí, el dia 1 de Febrero fuì admitido en el seno de la Iglesia católica romana de la cual se habian separado mis mayores en este momento lamentable.—Esto en cuanto à los sucesos esteriores de mi vida.

Para presentar, por lo que hace á mi vida interior, los convenientes datos, véome obligado á manifestar, antes de todo, que el orgullo era mi pasion dominante. El orgullo, era al menos por lo relativo á mi individuo, era el móvil principal de todas mis acciones.

Lo que alimentaba esta pasion en mí era la lectura de los autores clásicos de la antigua Roma, que ya, en la época de mis primeros es-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

tudios, meditaba yo no solo en cumplimiento de mi deber sino como la mas grata ocupacion á que me pudiera dedicar en mis horas de ocio; de suerte que se volvió el bello ideal, para mí la virtud de los romanos. Enardeciaseme el corazon al meditar que algun dia, por medio de mis esfuerzos y de mis sacrificios, podia contribuir escencialmente á algo grande y noble. Este algo figurábaseme, ya que habia de ser en política, ya en alguna accion moral cualquiera. A decir verdad, ambicionaba yo los elogios del mundo, empero contentábame tambien con la tranquilidad de mi propia concienciencia cuando podia hacer algun bien en lo reservado; porque ante todos cosas procuraba adquirir el derecho de poderme admirar á mi mismo. Con el transcurso de los años uno que otro esperimento llegó á producir el efecto de enfriar la pasion que habia habido en mí de acometer empresas grandiosas; empero continuaba aspirando á la gloria de que se me tuviese por un hombre útil á la sociedad y de una probidad rigorosa. Sin embargo, cuando me pareció percibir que mis obligaciones eran inconciliables entre sí y que otras veces, por humana flaqueza no me era posible cumplir con ellas, desalentéme, murmuré contra el òrden en que está dispuesto este mundo, desesperé de poder llegar á ser virtuoso y dejéme ir à la disipacion y á la indiferencia. Estos estravíos venian á ser la consecuencia falsa del principio sobre el cual fundaba mi virtud, principio que debia despo-

jar de todo mérito á cuantos bienes hubiera sido capaz de hacer, supuesto que al practicarlos ningun otro fin me proponia mas que el de deificarme á mí propio.

"La misma pasion fué el orígen de casi todos mis errores, y de estos errores la incredulidad fué uno de los principales. Por arrogancia juvenil, por gana de consumar alguna cosa extraordinaria, comencé desde muy temprano á desechar ciertas verdades del cristianismo, pero víme en breve castigado de la temeridad con que de la fé me desviaba. El cristianismo entero perdió para mí su conjunto, y la fé perdida no se reparaba con ningun humano raciocinio; ninguna prueba histórica ni filosófica me satisfacia. En vano procuraba yo por medio de esfuerzos mentales detener lo que se me escapaba; en vano oraba y derramaba lágrimas de vez en cuando por espacio de horas enteras; para no ponerme en contradiccion con mi propia razon, segun yo me lo imaginaba, fuéme necesario abandonar absolutamente al cristianismo.

Por lo demás, si desechaba las verdades del cristianismo no era por que para mí fuesen incomprensibles. La naturaleza, la cual habia estudiado, presentábame misterios impenetrables para la razon y que era necesario admitir sin embargo, como por ejemplo la atraccion de los cuerpos celestes. No podia yo pues desechar la palabra de Dios por este motivo; pero considerando la cuestion bajo el punto de vista, protestante, ¿quién era capáz de convencerse á

no dudarlo de que era en realidad la palabra de Dios la Escritura? y suponiendo que lo fuese, ¿quién me garantizaba la integridad de ella? Ya que Lutero ha declarado que son apócrifos ciertos libros, ¿por que otros no habian de tener el derecho de declarar apócrifos este ó aquel libro, este ó aquel pasage?

Por otra parte, ¿quién me podria asegurar cual era el verdadero sentido de ellos? Remitiáseme á mi razon, y mi razon creia haber descubierto en la Escritura innumerables contradicciones. Estas dudas me parecieron insolubles, y me hicieron desconocer la divinidad y la infalible verdad de la Escritura; y cualquiera que, siguiendo los principios del protestantismo, deseche la tradiccion y la autoridad de la Iglesia, vendria necesariamente á parar en esto si es consecuente con sus ideas. Los libros y los hombres à quienes pedia alguna solucion no me presentaban sino artificiosos sofismas ó pruebas muy superficiales, la mayor parte de las cuales giraban en el mismo círculo; además, la manera acrimoniosa con que se sostenian por lo comun estas proposiciones, hízome del todo desistir de hablar de esa materia. Para un hombre que camina por esa falsa senda, solo un milagro extraordinario puede concederle la gracia de reconocer la verdad como tal; pero querer que se opere un milagro es una temeridad en aquél para quien el camino de la verdad se halla abierto. *Fides fidelibus signa infidelibus:* la fé para los fieles y los milagros para los infieles

En este sentido, reconozco de todo corazon que la Iglesia católica, siendo la via que el mismo Dios tiene prescrita, es la única que salve, y que fuera de ella no hay salvacion, á no ser que la gracia de la infinita misericordia opere un portento mucho mas extraordinario todavía que el que opere con sus instituciones la Iglesia. Léjos estoy, sin embargo, de querer juzgar ni aun condenar, á aquellos de mis hermanos que viven fuera del seno de la Iglesia católica; por el contrario, ruego al Dios bondadosìsimo que les conduzca al conocimiento de la verdad por medios que tan solo él conoce."

"Víme salvo de este estado de incredulidad y de incertidumbre de un modo verdaderamente extraordinario.

"Lo que á continuacion se va á leer, fué la primera circunstancia que dió motivo á que me salvara. Yo tenia deseos de alcanzar un objeto del cual juzgaba que dependia toda mi ventura y que tenia enagenadas todas las potencias de mi alma; pareciame que no tenia mas que hacer que tender la mano para asirme de aquel objeto, cuando en aquel mismo momento estuvo a punto de escapárseme para siempre. Hice entonces lo que un enfermo deshauciado, que desprecia el remedio del charlatan y que sin embargo lo emplea luego que ve que no puede perjudicarle. Yo sabia que en idénticos casos hacen votos muchos católicos y habia oido decir que muchos de ellos, al menos á lo que creian, habian visto cumplidos por este medio

los deseos. Sin creer en esto muy de veras, ofrecí, si lograba mi objeto, un obsequio á la santa Vìrgen y á su madre Santa Ana. Lo que hizo que me decidiese á elejir estas Santas fué un alegre festin de familia al cual habia concurrido yo poco tiempo hacia, durante el cual estos fueron los primeros nombres que en la memoria se me gravasen. Inmediatamente despues de haber pronunciado mi voto, tuve, como por una inspiracion, uno de aquellos pensamientos felices que haciendo que las circunstancias variaran inesperadamente de aspecto, destruyó repentinamente el obstáculo que hasta entonces se habia mostrado inesperable, y me aseguró una victoria que al parecer no habria debido obtener nunca. Si Jesucristo concede muchas veces, en virtud de las súplicas que se le dirigen, en beneficio, pero beneficio que nos es indispensable, como lo hizo con los convidados de Caná, para que se alcanze por medio de él un fin espiritual, juzgo que no se me echará en cara que haya sido ocasionada mi conversion por un beneficio temporal. Por otra parte, puedo decir con toda confianza que mi fé hoy no está fundada en eso, por que el bien que tan temerariamente pedí me fué mas adelante arrebatado, aunque no lo llegué á perder sino cuando mi fé estaba de tal modo cimentada sobre sólidas bases que ya no consideraba la desaparicion de aquel bien como un castigo que se me aplicaba por inclinarme al catolicismo.

"Una coincidencia tan súbita é inesperada del

cumplimiento de mi deseo con el voto que me propusiera, tenia para mí algo de portentoso; sin embargo familiarizado con las ilusiones que uno se forma en idénticos casos, no miraba esta coincidencia sino como una casualidad venturosa. No obstante esta suposicion resolví cumplir con mi voto, pues siempre tuve á punto de honor cumplir estrictamente con mi palabra aun cuando se tratase de quimeras. El bien temporal que habia alcanzado parecia deberse llamar don del cielo, supuesto que era superior á mis mas audaces esperanzas: fué motivo para que admitiese la resistencia de alguna suprema influencia y quise hacer mas aun de aquello que tenia ofrecido. Aprovechòse de ésto la divina gracia para conducirme mas léjos

"Con la intencion de hacer mas de lo que habia ofrecido, é impelido tambien por cierta vaga idea de que en el sentir de los católicos se podia de aquella manera hacer algo agradable á los santos, asistí al santo Sacrificio de la misa. Aquella era la primera vez que lo hacia por motivo laudable. Aquel paso era una impresion muy singular en mi; sentíame trasportado de un modo verdaderamente portentoso. Tal sentimiento no procedia sin duda alguna de la impresion de los sentidos ni del encanto de la novedad, en primer lugar por que el oficio divino se celebra en Stuttgard sin pompa y con una sencillez estremada, y que mi corta vista me impedia ver lo que en el altar pasaba, y en segundo lugar porque durante mis viajes ha-

bia asistido, en Paris y en algunas ciudades grandes de Alemania, á festividades muy solemnes en una época en que incomparablemente era mas sensible á la música. Todavía esta vez la asistencia á la misa no habia sido para mí, al principio, mas que una pura ceremonia mas que una obra esterna; empero cuando de ella salì estaba lleno de una verdadera devocion y de deseos de volver cuanto antes. Cada vez que asistí á ella en lo sucesivo recibì el premio de este acto con cierto aumento de mis disposiciones religiosas, nunca me retiré de oir la santa misa sin haber tomado algunas buenas resoluciones, y sobre todo cada vez recibia un vigor para cumplirlas que en vano habia deseado tener anteriormente.

"Por prudencia, y tambien por temor de que esta energía fuese efecto de un entusiasmo transitorio, no quise comunicar mis disposiciones á otros ni satisfacer la necesidad que sentia de instruirme mas á fondo, cuando por Navidad del año 1831 dos catàlogos que ví llamaron mi atencion hàcia dos obras: una era el *Ave María* de Silbert y la otra una traducion alemana de la santa misa. Si el exceleute prefacio de la última me dió á conocer la profunda significacion del santo sacrificio y el modo de asistir á èl como es debido, encontré en el primero un inapreciable tesoro de las mas magníficas preces, cada una de las cuales, dicha con devocion me fortificò esencialmente en el bien obrar ò me arrancó de tentaciones peligrosas.

"Acaso me habria limitado todavía, por espacio de mucho tiempo, á continuar en mis devociones católicas en secreto, con tanta mas razon cuanto que mis ideas, que eran por otra parte demasiado débiles todavia, podian excitar en mi contra la aversion de mis amigos los protestantes, y perjudicar directamente á mi individuo; fué pues necesario que la Providencia me condujese hácia el fin involuntariamente. Tenia tal amor á la Madre de Dios que no podia menos de sentir descontento al oir pronuncir tan rara y tan friamente su nombre en el púlpito. Juzgué que podría, en un lugar que estuviere habitado principalmente por católicos, aprender mejor el verdadero modo de adorarla. Abandonandome al acaso marchéme el juéves santo de 1832, para Gmund en Suavia, y asistí allí el mismo dia al oficio divino en la Iglesia parroquial, sin sentir en mí, ni interior ni esteriormente, emocion alguna extraordinaria. Disgustado de mi viaje, disponíame a salir de Gmund cuando me vino el pensamiento, tanto por curiosidad cuanto porque me imaginé que podria recibir alguna edificacion, de visitar al célebre lugar de peregrinacion denominado la Montaña del Salvador, en la prolongacion de la cual están las estaciones del viacrucis en forma de capillas. Llénase aquel lugar de reuniones de almas fieles, especialmente el dia en que la muerte del Rendentor se conmemora. Todos estan en pié ó puestos de rodillas, segun el corazon de cada cual le inspira, delante de

imágenes que por la impresion sensible que producen, contribuyen infinitamente á elevar el ánimo hácia Dios y á hacerle meditar con ternura en la pasion y en la caridad vehemente del Salvador de la especie humana.

"Para la inteligencia de lo que sigue debo advertir qué, á pesar de los esfuerzos que tenia hechos para progresar en la fé, los méritos de Jesucristo habian permanecido incomprensibles para mí en lo que tienen de extraordinario.

"Ciertas extrañas ideas de mofa apoderáronse de mi mente al dar principio á las estaciones. Estábame delante de ellas porque veia que los demás allì se detenian, y rezaba una que otra plegaria. Empero repentinamente sentí una influencia llena de bendicion y conocí que se cumplian aquellas palabras del Salvador que dicen: "Allí donde hubiere dos ó tres, reunidos en mi nombre, estaré yo en medio de ellos." La importancia de la pasion de Jesucristo á la vez que lo que tiene de terrible, presentóse claramente en mi ánimo, al menos con la suficiente claridad para vencer mis dudas, aunque tovìa no me era posible explicar mis ideas distintamente. Esto me sucedió cuando llégué á la estacion en que se trata de la coronacion de espinas. En la siguiente, en la que Pilato presenta al Salvador al pueblo, sobrecogióme un profundísimo sentimiento de la debilidad de mi inteligencia, de mi infinita indignidad y de la insensatez con que me habia conducido hasta entonces. En esta humillante situacion todavía intenté contender con Dios presentándole en mi defensa la imposibilidad en que estaba de vencer mi propia flaqueza; me sentí agobiado sobre todo, de un pusilámine temor de no poder alcanzar el bien en todos los dias de mi vida. Las últimas dudas que abrigaba desaparecieron en virtud de una gracia que me fué concedida al llegar á la estacion siguiente, en que vì al Salvador caido por tierra bajo el peso de la cruz, lo cual eché de ver que era un aviso de que no debemos desesperar del perdon aun despues de haber reincido en el pecado.

"En la festividad de Pascuas visité de nuevo la iglesia de Stuttgard que estaba llena de curiosos y de fieles. Durante la misa mayor, un campesino que estaba delante de mí, á una corta distancia, arrodillóse en medio de la nave; aquel hombre, visto por detrás, presentaba un no sé que de excesivamente grotesco, y allá en mi corazon su sencilla devocion me causaba risa; pero al instante arrepentíme y vìnome el deseo de poder ser devoto de una manera tan perfecta; arrodilléme sobre mi asiento y púseme á suplicar encarecidamente á Dios que se sirviese concederme una parte de la ferviente oracion del campesino. Acontecia esto depues de la consagracion, y la gracia, que en aquella sazon se hallaba mas particularmente presente, me inundò y conmovió en tal extremo que no me avergonzé de verter delante de todos, abundantes lagrimas,

"Algun tiempo después empeoréme tanto de

los ojos que me ví en la necesidad de interrumpir el ejercicio de mis funciones y de irme á vivir al campo. Mi primer deseo fué sin duda el de domiciliarme en algun paraje católico; pero mi mansion en una ciudad de nuestro reino, donde esta religion se profesase, no era en manera alguna compatible con ciertos planes que tenia formados para el caso en que viniese á quedar en completa incapacidad de volver á ejercer mis funciones. Sin embargo, el viaje que emprendí volvióme à conducir á Gmund, donde el mal tiempo me detuvo, y resolví pasar allí unos dos ó tres meses....

"Las distracciones y los pasatiempos necesarios para mí debilitada vista, acumulábanse en derredor de mi en aquella ciudad hospitalaria y animada; aprovechéme y no dejé pasar un dia sin entregarme á todos los placeres lícitos que la sociedad proporciona.

"Entre tanto no descuidaba yo la salvacion de mi alma; mi primer acto de piedad fué una romería que hice á la Montaña del Salvador para tributar accion de gracias. En breve procuré entablar relaciones con algunos eclesiásticos de allí á quienes indiqué los deseos que tenia de conocer mas de cerca su Iglesia. La conducta que para conmigo observaron me demostró cuan infundada es la opinion vulgar de que todos los sacerdotes no perdonan medio de formar prosélitos. No pusieron obra alguna en mis manos, ni apologética ni polémica, y sí solo los catecismos con los cuales se instruye el pueblo. Exhortàronme seriamente á no dar paso alguno sino despues de que hubiese muy detenidamente reflexcionado. De suerte que por este lado debo, en obsequio de ellos confesar, que no emplearon ningun artificio para predisponerme, ni intervinieron en modo alguno en mi conversion. Su vida y conducta ejemplares edificáronme todavìa mas que sus palabras. Otros eclesiásticos hubo que me proporcionaron tambien grandes consuelos con sus predicaciones, á pesar de que, por falta de oportunidad á ninguno de ellos habia confiado mi secreto.

"Mi conviccion iba cada dia en mayor y mayor aumento, pero era todavía demasiado débil para inducirme á comprometer la posicion política que ocupaba; esta vez tambien vino la Providencia á libertarme del combate que sobre este particular interiormente sostenia. Empeoráronseme los ojos en tal grado qu abrigaba ya la certidumbre de que perderia la vista y con ella mi empleo. Empezé pues á tomar parte mas libremente en las ceremonias esteriores de los catòlicos. Un inesperado remedio me devolvió la vista y regresé á la universidad de Tubinga, habiendo perdido en este tiempo, mi empleo en Stuttgard.

"Hallábase mi fé apoyada mas bien en esperimentos interiores que en pruebas racionales, y hacia ya mucho tiempo que, en la prosperidad y en el infortunio, en las tentaciones vencidas y en las tentaciones victoriosas, se me ha-

bia conservado inalterable, ayudándome, levántándome y consolandome; habia hecho nacer tan buenas resoluciones en mí, me habia tan vigorosamente ayudado á cumplir con ellas, habia mejorado tanto mi corazon y mi inteligencia, que ya no me era dable considerar todo esto como ilusion de mi ánimo, y juzgaba que era un deber en mí hacer una pública profesion de un objeto que tantos bienes me produgera. Comuniqué mi resolucion á los profesores de nuestra facultad teológica, quienes seriamente me aconsejaron que no diese paso alguno precipitado; y viendo que estaba fuertemente decidido presentáronme todavía en pocas palabras varias importantes pruebas para mas íntimamente convencerme.

Instruido sobre la manera en que habia de hacer mi abjuracion dirigíme á la casa del señor Pressel, ministro protestante que habia sido hasta entonces mi guia. El aprecio que yo tenia y que conservo aun á aquel ministro venerable y verdaderamente piadoso, hacia que aquel primer paso fuese para mí penosìsimo. La manera apacible y reflexiva con que combatió mis nuevas ideas, la sincera amistad con que me deseó la bendicion de Dios al despedirme, han en grado tal aumentado mi amor y mi veneracion hácia él que no puedo dejar de presentarle este público testimonio despues de habernos separado. Un nuevo y detenido exámen, al cual me provocara, no pudo alterar mi conviccion en lo mas leve, y cumplí por fin con las demás formalidades de aquel acto importante....

"Cuando la instruccion que habia de recibir se hubo terminado; hice públicamente mi profesion de fé el 1.° de Febrero de 1833, y se me autorizó en toda forma á participar del inapreciable beneficio de los medios de salvacion que se han conferido á la Iglesia. Es cierto que esta profesion de fé no se anunció anticipadamente, por no mortificar á los que hasta aquel dia habian sido mis correligionarios, pero tampoco se hizo como lo dijeron los rumores que de luego á luego corrieron, á media noche y á puerta cerrada, sino á las ocho de la mañana, inmediatamente despues de la primera misa, en una iglesia que estaba abierta á todo el mundo, y en presencia de sobre cincuenta espectadores. Tampoco anatematizé, como se ha dicho, á mis padres y hermanos; pues ni juzgué, ni consideré á ninguno; lo único que hice fué declarar que todas aquellas doctrinas que la Iglesia desecha, anatematiza y condena, yo tambien las desechaba, anatematizaba y condenaba....

"El 1.° de febrero en la tarde hice una confesion general de los pecados que durante mi vida pasada cometiera. Tenia que revelar graves y numerosas culpas, y no sabia si antes de proferirlas espiraria la voz en mis labios: empero supliqué con anticipacion á Cristo, presente en la Santa Eucaristía; invoqué á la Santísima Vírgen María, á San José, à Santa Ana, á los santos apóstoles Pedro y Pablo; á todos los santos y al ángel de mi guarda, que me libraron de la desgracia de ir á cometer algun pe-

cado en aquel momento solemne, y que me concedieron que nada callase á sabiendas. Con vacilante paso, pero con una confianza filial en la bondad divina, acerquéme al confesonario, y allí esperimenté de nuevo la eficacísima virtud de la gracia, sin sentirme cortado de vergüenza, y en general sin necesidad del menor esfuerzo: confesé todos los errores de mi vida, y despues de haber recibido la absolucion, me volví à mi casa con la firme confianza de que todos mis pecados quedaban perdonados. El dia siguiente por la mañana, tuve la indecible felicidad de verme incorporado á la sociedad real de Jesucristo y de su Iglesia, por medio de la recepcion de la Santísima Eucaristìa, y sentí desarrollarse en mí, con la práctica de las virtudes, una energía por la cual en vano habia suspirado hasta entonces."

SILVIO PELLICO.

¿Quién no ha oido hablar de Pellico, de el suave y lastimero acento que, desde el tenebroso rincon de un calobozo, nos habla de las inefables dulzuras, de las hechiceras armonias de la santa religion católica? El lugar de tan eminente escritor, cuyas páginas, que están lle-

nas de un purísimo amor hácia Dios y para con los hombres, han conducido á tantas almas á la senda de la verdad, estaba señalado en nuestra coleccion de antemano. Vamos à limitarnos á extraer de sus escritos algunos pasajes que no podràn menos de inspirar el deseo de conocer mejor á un autor tan puro y tan profundamente cristiano.

"¡La primera vez que dispertamos en una cárcel es cosa horrible! ¡Será posible! díjeme haciendo memoria del lugar en que me encontraba; ¡será posible! ¡yo aquí! ¡y que esto no sea un sueño! ayer me prendieron, ayer me sometieron á ese largo interrogatorio que habrá de proseguir mañana....¿Y cuando tendrá término?.....¡Ayer noche fué cuando, antes de dormirme, lloré pensando en mis padres!

El sosiego, el silencio absoluto, el breve sueño que habia reparado las fuerzas de mi mente parecian haber hecho cien veces mayor en mí la posibilidad de padecer. En medio de esta total carencia de distracciones, la afliccion de todos aquellos seres á quienes amaba, y sobre todo la de mi padre y de mi madre cuando llegase á saber mi prendimiento, pintábase en mi imaginacion con increible fuerza.

En este instante, decíame para mí, están durmiendo todavía tranquilos, ó están dispiertos y acaso piensan con satisfaccion en su hijo! ¡léjos están de sospechar donde me hallo! ¡Oh cuán venturosos serian con que les sacase Dios de este mundo antes de que llegase á Turin la noti-

tudios, meditaba yo no solo en cumplimiento de mi deber sino como la mas grata ocupacion á que me pudiera dedicar en mis horas de ocio; de suerte que se volvió el bello ideal, para mí la virtud de los romanos. Enardeciaseme el corazon al meditar que algun dia, por medio de mis esfuerzos y de mis sacrificios, podia contribuir escencialmente á algo grande y noble. Este algo figurábaseme, ya que habia de ser en política, ya en alguna accion moral cualquiera. A decir verdad, ambicionaba yo los elogios del mundo, empero contentábame tambien con la tranquilidad de mi propia concienciencia cuando podia hacer algun bien en lo reservado; porque ante todos cosas procuraba adquirir el derecho de poderme admirar á mi mismo. Con el transcurso de los años uno que otro esperimento llegó á producir el efecto de enfriar la pasion que habia habido en mí de acometer empresas grandiosas; empero continuaba aspirando á la gloria de que se me tuviese por un hombre útil á la sociedad y de una probidad rigorosa. Sin embargo, cuando me pareció percibir que mis obligaciones eran inconciliables entre sí y que otras veces, por humana flaqueza no me era posible cumplir con ellas, desalentéme, murmuré contra el òrden en que está dispuesto este mundo, desesperé de poder llegar á ser virtuoso y dejéme ir à la disipacion y á la indiferencia. Estos estravíos venian á ser la consecuencia falsa del principio sobre el cual fundaba mi virtud, principio que debia despo-

jar de todo mérito á cuantos bienes hubiera sido capaz de hacer, supuesto que al practicarlos ningun otro fin me proponia mas que el de deificarme á mí propio.

"La misma pasion fué el orígen de casi todos mis errores, y de estos errores la incredulidad fué uno de los principales. Por arrogancia juvenil, por gana de consumar alguna cosa extraordinaria, comencé desde muy temprano á desechar ciertas verdades del cristianismo, pero víme en breve castigado de la temeridad con que de la fé me desviaba. El cristianismo entero perdió para mí su conjunto, y la fé perdida no se reparaba con ningun humano raciocinio; ninguna prueba histórica ni filosófica me satisfacia. En vano procuraba yo por medio de esfuerzos mentales detener lo que se me escapaba; en vano oraba y derramaba lágrimas de vez en cuando por espacio de horas enteras; para no ponerme en contradiccion con mi propia razon, segun yo me lo imaginaba, fuéme necesario abandonar absolutamente al cristianismo.

Por lo demás, si desechaba las verdades del cristianismo no era por que para mí fuesen incomprensibles. La naturaleza, la cual habia estudiado, presentábame misterios impenetrables para la razon y que era necesario admitir sin embargo, como por ejemplo la atraccion de los cuerpos celestes. No podia yo pues desechar la palabra de Dios por este motivo; pero considerando la cuestion bajo el punto de vista, protestante, ¿quién era capáz de convencerse á

no dudarlo de que era en realidad la palabra de Dios la Escritura? y suponiendo que lo fuese, ¿quién me garantizaba la integridad de ella? Ya que Lutero ha declarado que son apócrifos ciertos libros, ¿por que otros no habian de tener el derecho de declarar apócrifos este ó aquel libro, este ó aquel pasage?

Por otra parte, ¿quién me podria asegurar cual era el verdadero sentido de ellos? Remitiáseme á mi razon, y mi razon creia haber descubierto en la Escritura innumerables contradicciones. Estas dudas me parecieron insolubles, y me hicieron desconocer la divinidad y la infalible verdad de la Escritura; y cualquiera que, siguiendo los principios del protestantismo, deseche la tradiccion y la autoridad de la Iglesia, vendria necesariamente á parar en esto si es consecuente con sus ideas. Los libros y los hombres à quienes pedia alguna solucion no me presentaban sino artificiosos sofismas ó pruebas muy superficiales, la mayor parte de las cuales giraban en el mismo círculo; además, la manera acrimoniosa con que se sostenian por lo comun estas proposiciones, hízome del todo desistir de hablar de esa materia. Para un hombre que camina por esa falsa senda, solo un milagro extraordinario puede concederle la gracia de reconocer la verdad como tal; pero querer que se opere un milagro es una temeridad en aquél para quien el camino de la verdad se halla abierto. *Fides fidelibus signa infidelibus:* la fé para los fieles y los milagros para los infieles

En este sentido, reconozco de todo corazon que la Iglesia católica, siendo la via que el mismo Dios tiene prescrita, es la única que salve, y que fuera de ella no hay salvacion, á no ser que la gracia de la infinita misericordia opere un portento mucho mas extraordinario todavía que el que opere con sus instituciones la Iglesia. Léjos estoy, sin embargo, de querer juzgar ni aun condenar, á aquellos de mis hermanos que viven fuera del seno de la Iglesia católica; por el contrario, ruego al Dios bondadosìsimo que les conduzca al conocimiento de la verdad por medios que tan solo él conoce."

"Víme salvo de este estado de incredulidad y de incertidumbre de un modo verdaderamente extraordinario.

"Lo que á continuacion se va á leer, fué la primera circunstancia que dió motivo á que me salvara. Yo tenia deseos de alcanzar un objeto del cual juzgaba que dependia toda mi ventura y que tenia enagenadas todas las potencias de mi alma; pareciame que no tenia mas que hacer que tender la mano para asirme de aquel objeto, cuando en aquel mismo momento estuvo a punto de escapárseme para siempre. Hice entonces lo que un enfermo deshauciado, que desprecia el remedio del charlatan y que sin embargo lo emplea luego que ve que no puede perjudicarle. Yo sabia que en idénticos casos hacen votos muchos católicos y habia oido decir que muchos de ellos, al menos á lo que creian, habian visto cumplidos por este medio

los deseos. Sin creer en esto muy de veras, ofrecí, si lograba mi objeto, un obsequio á la santa Vìrgen y á su madre Santa Ana. Lo que hizo que me decidiese á elejir estas Santas fué un alegre festin de familia al cual habia concurrido yo poco tiempo hacia, durante el cual estos fueron los primeros nombres que en la memoria se me gravasen. Inmediatamente despues de haber pronunciado mi voto, tuve, como por una inspiracion, uno de aquellos pensamientos felices que haciendo que las circunstancias variaran inesperadamente de aspecto, destruyó repentinamente el obstáculo que hasta entonces se habia mostrado inesperable, y me aseguró una victoria que al parecer no habria debido obtener nunca. Si Jesucristo concede muchas veces, en virtud de las súplicas que se le dirigen, en beneficio, pero beneficio que nos es indispensable, como lo hizo con los convidados de Caná, para que se alcanze por medio de él un fin espiritual, juzgo que no se me echará en cara que haya sido ocasionada mi conversion por un beneficio temporal. Por otra parte, puedo decir con toda confianza que mi fé hoy no está fundada en eso, por que el bien que tan temerariamente pedí me fué mas adelante arrebatado, aunque no lo llegué á perder sino cuando mi fé estaba de tal modo cimentada sobre sólidas bases que ya no consideraba la desaparicion de aquel bien como un castigo que se me aplicaba por inclinarme al catolicismo.

"Una coincidencia tan súbita é inesperada del

cumplimiento de mi deseo con el voto que me propusiera, tenia para mí algo de portentoso; sin embargo familiarizado con las ilusiones que uno se forma en idénticos casos, no miraba esta coincidencia sino como una casualidad venturosa. No obstante esta suposicion resolví cumplir con mi voto, pues siempre tuve á punto de honor cumplir estrictamente con mi palabra aun cuando se tratase de quimeras. El bien temporal que habia alcanzado parecia deberse llamar don del cielo, supuesto que era superior á mis mas audaces esperanzas: fué motivo para que admitiese la resistencia de alguna suprema influencia y quise hacer mas aun de aquello que tenia ofrecido. Aprovechòse de ésto la divina gracia para conducirme mas léjos

"Con la intencion de hacer mas de lo que habia ofrecido, é impelido tambien por cierta vaga idea de que en el sentir de los católicos se podia de aquella manera hacer algo agradable á los santos, asistí al santo Sacrificio de la misa. Aquella era la primera vez que lo hacia por motivo laudable. Aquel paso era una impresion muy singular en mi; sentíame trasportado de un modo verdaderamente portentoso. Tal sentimiento no procedia sin duda alguna de la impresion de los sentidos ni del encanto de la novedad, en primer lugar por que el oficio divino se celebra en Stuttgard sin pompa y con una sencillez estremada, y que mi corta vista me impedia ver lo que en el altar pasaba, y en segundo lugar porque durante mis viajes ha-

bia asistido, en Paris y en algunas ciudades grandes de Alemania, á festividades muy solemnes en una época en que incomparablemente era mas sensible á la música. Todavía esta vez la asistencia á la misa no habia sido para mí, al principio, mas que una pura ceremonia mas que una obra esterna; empero cuando de ella salì estaba lleno de una verdadera devocion y de deseos de volver cuanto antes. Cada vez que asistí á ella en lo sucesivo recibì el premio de este acto con cierto aumento de mis disposiciones religiosas, nunca me retiré de oir la santa misa sin haber tomado algunas buenas resoluciones, y sobre todo cada vez recibia un vigor para cumplirlas que en vano habia deseado tener anteriormente.

"Por prudencia, y tambien por temor de que esta energía fuese efecto de un entusiasmo transitorio, no quise comunicar mis disposiciones á otros ni satisfacer la necesidad que sentia de instruirme mas á fondo, cuando por Navidad del año 1831 dos catàlogos que ví llamaron mi atencion hàcia dos obras: una era el *Ave María* de Silbert y la otra una traducion alemana de la santa misa. Si el exceleute prefacio de la última me dió á conocer la profunda significacion del santo sacrificio y el modo de asistir á èl como es debido, encontré en el primero un inapreciable tesoro de las mas magníficas preces, cada una de las cuales, dicha con devocion me fortificò esencialmente en el bien obrar ò me arrancó de tentaciones peligrosas.

"Acaso me habria limitado todavía, por espacio de mucho tiempo, á continuar en mis devociones católicas en secreto, con tanta mas razon cuanto que mis ideas, que eran por otra parte demasiado débiles todavia, podian excitar en mi contra la aversion de mis amigos los protestantes, y perjudicar directamente á mi individuo; fué pues necesario que la Providencia me condujese hácia el fin involuntariamente. Tenia tal amor á la Madre de Dios que no podia menos de sentir descontento al oir pronuncir tan rara y tan friamente su nombre en el púlpito. Juzgué que podría, en un lugar que estuviere habitado principalmente por católicos, aprender mejor el verdadero modo de adorarla. Abandonandome al acaso marchéme el juéves santo de 1832, para Gmund en Suavia, y asistí allí el mismo dia al oficio divino en la Iglesia parroquial, sin sentir en mí, ni interior ni esteriormente, emocion alguna extraordinaria. Disgustado de mi viaje, disponíame a salir de Gmund cuando me vino el pensamiento, tanto por curiosidad cuanto porque me imaginé que podria recibir alguna edificacion, de visitar al célebre lugar de peregrinacion denominado la Montaña del Salvador, en la prolongacion de la cual están las estaciones del viacrucis en forma de capillas. Llénase aquel lugar de reuniones de almas fieles, especialmente el dia en que la muerte del Rendentor se conmemora. Todos estan en pié ó puestos de rodillas, segun el corazon de cada cual le inspira, delante de

imágenes que por la impresion sensible que producen, contribuyen infinitamente á elevar el ánimo hácia Dios y á hacerle meditar con ternura en la pasion y en la caridad vehemente del Salvador de la especie humana.

"Para la inteligencia de lo que sigue debo advertir qué, á pesar de los esfuerzos que tenia hechos para progresar en la fé, los méritos de Jesucristo habian permanecido incomprensibles para mí en lo que tienen de extraordinario.

"Ciertas extrañas ideas de mofa apoderáronse de mi mente al dar principio á las estaciones. Estábame delante de ellas porque veia que los demás allì se detenian, y rezaba una que otra plegaria. Empero repentinamente sentí una influencia llena de bendicion y conocí que se cumplian aquellas palabras del Salvador que dicen: "Allí donde hubiere dos ó tres, reunidos en mi nombre, estaré yo en medio de ellos." La importancia de la pasion de Jesucristo á la vez que lo que tiene de terrible, presentóse claramente en mi ánimo, al menos con la suficiente claridad para vencer mis dudas, aunque tovìa no me era posible explicar mis ideas distintamente. Esto me sucedió cuando llégué á la estacion en que se trata de la coronacion de espinas. En la siguiente, en la que Pilato presenta al Salvador al pueblo, sobrecogióme un profundísimo sentimiento de la debilidad de mi inteligencia, de mi infinita indignidad y de la insensatez con que me habia conducido hasta entonces. En esta humillante situacion todavía intenté contender con Dios presentándole en mi defensa la imposibilidad en que estaba de vencer mi propia flaqueza; me sentí agobiado sobre todo, de un pusilámine temor de no poder alcanzar el bien en todos los dias de mi vida. Las últimas dudas que abrigaba desaparecieron en virtud de una gracia que me fué concedida al llegar á la estacion siguiente, en que vì al Salvador caido por tierra bajo el peso de la cruz, lo cual eché de ver que era un aviso de que no debemos desesperar del perdon aun despues de haber reincido en el pecado.

"En la festividad de Pascuas visité de nuevo la iglesia de Stuttgard que estaba llena de curiosos y de fieles. Durante la misa mayor, un campesino que estaba delante de mí, á una corta distancia, arrodillóse en medio de la nave; aquel hombre, visto por detrás, presentaba un no sé que de excesivamente grotesco, y allá en mi corazon su sencilla devocion me causaba risa; pero al instante arrepentíme y vìnome el deseo de poder ser devoto de una manera tan perfecta; arrodilléme sobre mi asiento y púseme á suplicar encarecidamente á Dios que se sirviese concederme una parte de la ferviente oracion del campesino. Acontecia esto depues de la consagracion, y la gracia, que en aquella sazon se hallaba mas particularmente presente, me inundò y conmovió en tal extremo que no me avergonzé de verter delante de todos, abundantes lagrimas,

"Algun tiempo después empeoréme tanto de

los ojos que me ví en la necesidad de interrumpir el ejercicio de mis funciones y de irme á vivir al campo. Mi primer deseo fué sin duda el de domiciliarme en algun paraje católico; pero mi mansion en una ciudad de nuestro reino, donde esta religion se profesase, no era en manera alguna compatible con ciertos planes que tenia formados para el caso en que viniese á quedar en completa incapacidad de volver á ejercer mis funciones. Sin embargo, el viaje que emprendí volvióme à conducir á Gmund, donde el mal tiempo me detuvo, y resolví pasar allí unos dos ó tres meses....

"Las distracciones y los pasatiempos necesarios para mí debilitada vista, acumulábanse en derredor de mi en aquella ciudad hospitalaria y animada; aprovechéme y no dejé pasar un dia sin entregarme á todos los placeres lícitos que la sociedad proporciona.

"Entre tanto no descuidaba yo la salvacion de mi alma; mi primer acto de piedad fué una romería que hice á la Montaña del Salvador para tributar accion de gracias. En breve procuré entablar relaciones con algunos eclesiásticos de allí á quienes indiqué los deseos que tenia de conocer mas de cerca su Iglesia. La conducta que para conmigo observaron me demostró cuan infundada es la opinion vulgar de que todos los sacerdotes no perdonan medio de formar prosélitos. No pusieron obra alguna en mis manos, ni apologética ni polémica, y sí solo los catecismos con los cuales se instruye el pueblo. Exhortàronme seriamente á no dar paso alguno sino despues de que hubiese muy detenidamente reflexcionado. De suerte que por este lado debo, en obsequio de ellos confesar, que no emplearon ningun artificio para predisponerme, ni intervinieron en modo alguno en mi conversion. Su vida y conducta ejemplares edificáronme todavìa mas que sus palabras. Otros eclesiásticos hubo que me proporcionaron tambien grandes consuelos con sus predicaciones, á pesar de que, por falta de oportunidad á ninguno de ellos habia confiado mi secreto.

"Mi conviccion iba cada dia en mayor y mayor aumento, pero era todavía demasiado débil para inducirme á comprometer la posicion política que ocupaba; esta vez tambien vino la Providencia á libertarme del combate que sobre este particular interiormente sostenia. Empeoráronseme los ojos en tal grado qu abrigaba ya la certidumbre de que perderia la vista y con ella mi empleo. Empezé pues á tomar parte mas libremente en las ceremonias esteriores de los catòlicos. Un inesperado remedio me devolvió la vista y regresé á la universidad de Tubinga, habiendo perdido en este tiempo, mi empleo en Stuttgard.

"Hallábase mi fé apoyada mas bien en esperimentos interiores que en pruebas racionales, y hacia ya mucho tiempo que, en la prosperidad y en el infortunio, en las tentaciones vencidas y en las tentaciones victoriosas, se me ha-

bia conservado inalterable, ayudándome, levántándome y consolandome; habia hecho nacer tan buenas resoluciones en mí, me habia tan vigorosamente ayudado á cumplir con ellas, habia mejorado tanto mi corazon y mi inteligencia, que ya no me era dable considerar todo esto como ilusion de mi ánimo, y juzgaba que era un deber en mí hacer una pública profesion de un objeto que tantos bienes me produgera. Comuniqué mi resolucion á los profesores de nuestra facultad teológica, quienes seriamente me aconsejaron que no diese paso alguno precipitado; y viendo que estaba fuertemente decidido presentáronme todavía en pocas palabras varias importantes pruebas para mas íntimamente convencerme.

Instruido sobre la manera en que habia de hacer mi abjuracion dirigíme á la casa del señor Pressel, ministro protestante que habia sido hasta entonces mi guia. El aprecio que yo tenia y que conservo aun á aquel ministro venerable y verdaderamente piadoso, hacia que aquel primer paso fuese para mí penosìsimo. La manera apacible y reflexiva con que combatió mis nuevas ideas, la sincera amistad con que me deseó la bendicion de Dios al despedirme, han en grado tal aumentado mi amor y mi veneracion hácia él que no puedo dejar de presentarle este público testimonio despues de habernos separado. Un nuevo y detenido exámen, al cual me provocara, no pudo alterar mi conviccion en lo mas leve, y cumplí por fin con las demás formalidades de aquel acto importante....

"Cuando la instruccion que habia de recibir se hubo terminado; hice públicamente mi profesion de fé el 1.° de Febrero de 1833, y se me autorizó en toda forma á participar del inapreciable beneficio de los medios de salvacion que se han conferido á la Iglesia. Es cierto que esta profesion de fé no se anunció anticipadamente, por no mortificar á los que hasta aquel dia habian sido mis correligionarios, pero tampoco se hizo como lo dijeron los rumores que de luego á luego corrieron, á media noche y á puerta cerrada, sino á las ocho de la mañana, inmediatamente despues de la primera misa, en una iglesia que estaba abierta á todo el mundo, y en presencia de sobre cincuenta espectadores. Tampoco anatematizé, como se ha dicho, á mis padres y hermanos; pues ni juzgué, ni consideré á ninguno; lo único que hice fué declarar que todas aquellas doctrinas que la Iglesia desecha, anatematiza y condena, yo tambien las desechaba, anatematizaba y condenaba....

"El 1.° de febrero en la tarde hice una confesion general de los pecados que durante mi vida pasada cometiera. Tenia que revelar graves y numerosas culpas, y no sabia si antes de proferirlas espiraria la voz en mis labios: empero supliqué con anticipacion á Cristo, presente en la Santa Eucaristía; invoqué á la Santísima Vírgen María, á San José, à Santa Ana, á los santos apóstoles Pedro y Pablo; á todos los santos y al ángel de mi guarda, que me libraron de la desgracia de ir á cometer algun pe-

cado en aquel momento solemne, y que me concedieron que nada callase á sabiendas. Con vacilante paso, pero con una confianza filial en la bondad divina, acerquéme al confesonario, y allí esperimenté de nuevo la eficacísima virtud de la gracia, sin sentirme cortado de vergüenza, y en general sin necesidad del menor esfuerzo: confesé todos los errores de mi vida, y despues de haber recibido la absolucion, me volví à mi casa con la firme confianza de que todos mis pecados quedaban perdonados. El dia siguiente por la mañana, tuve la indecible felicidad de verme incorporado á la sociedad real de Jesucristo y de su Iglesia, por medio de la recepcion de la Santísima Eucaristìa, y sentí desarrollarse en mí, con la práctica de las virtudes, una energía por la cual en vano habia suspirado hasta entonces."

SILVIO PELLICO.

¿Quién no ha oido hablar de Pellico, de el suave y lastimero acento que, desde el tenebroso rincon de un calobozo, nos habla de las inefables dulzuras, de las hechiceras armonias de la santa religion católica? El lugar de tan eminente escritor, cuyas páginas, que están lle-

nas de un purísimo amor hácia Dios y para con los hombres, han conducido á tantas almas á la senda de la verdad, estaba señalado en nuestra coleccion de antemano. Vamos à limitarnos á extraer de sus escritos algunos pasajes que no podràn menos de inspirar el deseo de conocer mejor á un autor tan puro y tan profundamente cristiano.

"¡La primera vez que dispertamos en una cárcel es cosa horrible! ¡Será posible! díjeme haciendo memoria del lugar en que me encontraba; ¡será posible! ¡yo aquí! ¡y que esto no sea un sueño! ayer me prendieron, ayer me sometieron á ese largo interrogatorio que habrá de proseguir mañana....¿Y cuando tendrá término?.....¡Ayer noche fué cuando, antes de dormirme, lloré pensando en mis padres!

El sosiego, el silencio absoluto, el breve sueño que habia reparado las fuerzas de mi mente parecian haber hecho cien veces mayor en mí la posibilidad de padecer. En medio de esta total carencia de distracciones, la afliccion de todos aquellos seres á quienes amaba, y sobre todo la de mi padre y de mi madre cuando llegase á saber mi prendimiento, pintábase en mi imaginacion con increible fuerza.

En este instante, decíame para mí, están durmiendo todavía tranquilos, ó están dispiertos y acaso piensan con satisfaccion en su hijo! ¡léjos están de sospechar donde me hallo! ¡Oh cuán venturosos serian con que les sacase Dios de este mundo antes de que llegase á Turin la noti-